



ARQUIDIOCESIS DE BOGOTÁ



Domingo III de Cuaresma

Ciclo B

3 de marzo de 2024



I. Notas exegéticas

Éxodo 20, 1-17

La Ley se dio por medio de Moisés

El libro del Éxodo, segundo de la Sagrada Escritura, narra el gran acontecimiento de la liberación de la esclavitud del pueblo israelita en Egipto que es, a su vez, el gran acontecimiento fundante de la historia de amor de Dios con su pueblo Israel.

El relato bíblico presenta la situación de esclavitud a la que fueron sometidos los israelitas y la intervención liberadora de Dios, quien, por medio de Moisés, su elegido, entabla una lucha contra el faraón, lo vence y logra sacar de Egipto a su pueblo Israel (Ex 1,1-15,21), quien comienza su travesía por el desierto, algunas veces en medio de rebeldías y murmuraciones, pero experimentando también el perdón y la protección divinos (Ex 15,22-18,27). La estancia del pueblo en el Sinaí es narrada de manera extensa (Ex 19,1-40,38), pues el relato abarcará hasta el libro de los Números (Nm 10,10), habiendo pasado por el libro de la Ley, el Levítico.

En este ámbito geográfico del desierto, el Señor pacta una alianza con su pueblo; Moisés es su intermediario y el decálogo se convierte en la concreción de esa relación de amor de Dios con su pueblo. En este pacto se sintetizan las obligaciones del pueblo con Dios y con su prójimo; con el decálogo también se relacionan a continuación diferentes normas que refieren los aspectos fundamentales de la vida nómada que desarrollan (pues van recorriendo el desierto), pero también hay normas para la vida sedentaria, pues se detendrán durante largos periodos de vida (Ex 19-24).





El pasaje que nos ocupa en esta oportunidad, comienza con la autopresentación del Señor y su acción salvífica de haberlos liberado de la esclavitud del de Egipto, quedando claro de esta manera que la justificación de los mandamientos es el don del amor de Dios que los ha liberado, así el amor precede a la exigencia: primero Dios da su gracia y luego si propone una ley para sostenerse en esta gracia.

A continuación se presentan 10 palabras, mandamientos que presentan los valores fundamentales de la vida en la relación con Dios y con el hermano, pero es importante destacar aquí que, aun cuando la mayor parte del decálogo está formulado en prohibiciones, no deben verse bajo su aspecto negativo, sino que solo ponen un límite al actuar humano.

Salmo 18, 8. 9. 10. 11

Señor, tú tienes palabras de vida eterna

El salmo 18 es un elogio de la creación y de la Ley; insiste en el sol diurno y define la vida de los israelitas fieles a partir de la luz interior de Dios que les habita, les transforma y les enriquece con la Palabra divina.

El salmista nos descubre la espiritualidad de la Ley, es un canto al Dios del cielo cósmico regulado por el sol y, al mismo tiempo, es una alabanza de la ley social (La Ley del Señor es perfecta y es descanso del alma), la cual permite que los hombres vivan en concordia entre sí y con el Dios del cielo y tierra. Además, insiste en la importancia de cada orante que canta la grandeza del Dios del sol y de la Ley israelita.

Desde la perspectiva anterior, el Dios del sol (cosmos) y el Dios de la armonía de la Ley que habita en el interior de cada ser humano (y en la comunidad de los creyentes) vincula el cielo y la tierra, lo humano y lo divino, la creación y la interioridad, descubriendo en las dos realidades, una comunión y armonía perfectas.

En la liturgia de este día proclamaremos la segunda parte de este cántico (8-12), en la que se nos da a conocer que el sol del corazón es la Ley de Israel dada por Dios. El salmo pasa del sol divino, poder bueno y amoroso del cosmos, al Dios Yahvé, Señor y guía del pueblo elegido. De manera





rítmica el nombre de Yahvé se repite seis veces en referencia a los seis días de la creación y a los seis rasgos fundamentales de su revelación: Ley, preceptos, normas, mandatos, temor y mandamientos.

Este cántico pasa así del orden externo (sol, cosmos) al mandato interno de la Ley, que de ninguna manera es imposición de sometimiento, sino por el contrario la expresión más honda del gozo que Dios halla entre los hombres. Dios nos ha dado su Ley para regocijarse en nuestras vidas.

1 Corintios 1, 22-25

Predicamos a Cristo crucificado, escándalo para los hombres, pero, para los llamados, sabiduría de Dios

Pablo se encuentra en la ciudad de Éfeso hacia el año 52, allí le llegan noticias de Corinto donde había permanecido algún tiempo fundando la comunidad que tantos trabajos le dio durante su vida misionera. Para seguir cultivando la fe de la comunidad se desarrolla un gran proceso de formación a través de un numeroso intercambio epistolar (algunos hablan de cerca de seis cartas o tal vez más, que tenemos hoy día compendiadas en sólo dos).

Cuando Pablo escribe la primera carta a los Corintios busca dar solución a problemas muy concretos de la vida de esa comunidad, el primero al que da respuesta en los primeros dos capítulos es el de las divisiones que se han creado a propósito de los partidos que se han suscitado de los diferentes apóstoles, Pedro, Apolo, Pablo y el mismo Jesucristo. Por tanto, los exhorta a que lleguen a acuerdos y puedan vivir en armonía (1,10).

El texto de este domingo (1,22-25) se encuentra en medio de una serie de argumentos a través de los cuales Pablo va evidenciando cómo superar los problemas de unidad en medio de la comunidad creyente. Para lograrlo les recuerda el fundamento de la fe que les predicó: “la cruz es locura para los que se encaminan a la perdición, en cambio es poder de Dios para nosotros que nos encaminamos a la salvación” (1,18); desarrollando así una contraposición entre la sabiduría humana y la sabiduría divina (1,18-25).





El razonamiento es el siguiente: el mundo ha sido incapaz de conocer y de llegar a Dios a través de su propia sabiduría, es decir, a través de sus propios razonamientos y criterios. Pero Dios ha querido salvar a los creyentes, no a través de la sabiduría del mundo, sino a través de sus propios designios y de sus propios medios. Lo hizo por medio del sorprendente y paradójico acontecimiento de la muerte de Cristo en la cruz, que se convirtió en objeto de proclamación, para que quienes lo acepten encuentren allí su salvación.

Los griegos buscan sabiduría, los judíos piden señales, pero en la cruz de Cristo los creyentes encuentran fuerza y sabiduría de Dios, pues lo que parece debilidad en Dios es más fuerte que todo lo humano (1,25).

Juan 2, 13-25

Destruid este templo, y en tres días lo levantaré

El evangelio de Juan ha comenzado por una sublime descripción de la eternidad de Jesús (prólogo), es la Palabra del Padre que se ha hecho carne y ha puesto su morada entre nosotros. Luego nos ha ofrecido lo que los especialistas han llamado la semana inaugural, pues nos describe el proceder de Jesús durante los primeros días de su ministerio público en la región de Galilea, que por lo pronto finaliza con las bodas de Caná, en las que hace su primer signo, manifiesta su gloria y sus discípulos creen en Él.

A renglón seguido nos cuentan que Jesús va a Jerusalén (como buen judío piadoso) para la celebración de la Pascua. Allí tendrán lugar tres cosas: una acción simbólica (profética) de Jesús, la expulsión de los mercaderes del templo; una confrontación con las autoridades religiosas de Jerusalén y, finalmente, la desconfianza de Jesús hacia quienes van creyendo en su mensaje.

Para comprender la primera parte del relato es importante tener en cuenta dos elementos: en primer lugar la violenta actitud de Jesús frente a los mercaderes del templo y a los cambistas de moneda, que se justifica en lo que había profetizado Zacarías: Y aquel día no habrá ya traficantes en la “casa del Señor de los ejércitos” (14,21b). Se debe comprender que, en Jesús, los lugares





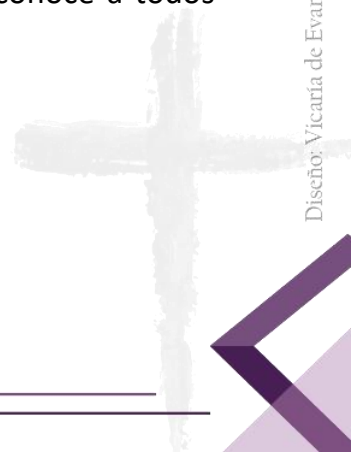
sagrados de Israel adquieren plenitud; este parece ser el sentido profundo del relato de la purificación del templo. La expresión fuerte de Jesús: «Quitad esto de aquí, no convirtáis en un mercado la casa de mi Padre», nos revela de manera directa que el actuar de Jesús es en virtud de que es Hijo del Padre eterno; dicha condición filial de Jesús es la nota característica de todo el evangelio y al mismo tiempo será el tema más controversial con las autoridades judías.

En segundo lugar, los discípulos comprenden el actuar de Jesús recurriendo al salmo 68 (69) 10. *“El celo de tu casa me devora”*. Jesús, como el salmista, tiene que sufrir al comprometerse por la Casa del Señor, Él se compromete completamente por restablecer la santidad del santuario cultural y central de Israel, incluso poniendo en peligro su vida.

La segunda parte del relato es la confrontación de las autoridades judías con Jesús. Las autoridades judías piden a Jesús un signo, un portento milagroso que justifique su conducta, pues en ciertos ambientes judíos se esperaba que el Mesías, cuando llegase, llevaría a cabo una purificación del templo. Por tal motivo, las autoridades exigen a Jesús que, si es el Mesías, primero lo demuestre y de esta manera se justifique su actuar.

Por su parte Jesús, en lugar de desarrollar un acto portentoso, procede a manifestar que Él mismo, su vida y su cuerpo, son el nuevo templo de la presencia de Dios. Sin embargo, esto está aún muy lejos de la comprensión de las autoridades judías, mientras que, para los discípulos, será la oportunidad de creer en Él cuando le descubran muerto y resucitado.

La tercera parte del relato, la desconfianza de Jesús ante los que han creído en Él, pone en evidencia que quienes se acercan a Jesús como resultado de los milagros no experimentan el mismo compromiso confiado de Jesús hacia ellos, es decir, no existe una verdadera y genuina reciprocidad entre la confianza de Dios en la humanidad y la credibilidad de los hombres hacia Él, pues solamente se suscita porque ven un signo maravilloso, lo que nos recuerda lo que había anunciado ya el Prólogo: “vino a los suyos, y los suyos no lo recibieron”. La falta de disposición de Jesús a confiar en quienes creen por los signos procede del hecho de que los conoce a todos interiormente.





II. Pistas homiléticas

- El cumplimiento de la Ley de Dios, los mandamientos, se debería comprender desde la perspectiva de ser **respuesta al amor primero que hemos recibido de Dios**, pues no se trata de situaciones abstractas traídas desde lo exterior de la condición humana. Por el contrario, el cumplimiento de los mandamientos es una respuesta de amor a la iniciativa de salvación y de protección que ha desarrollado Dios sin que se lo hubiéramos pedido. Por eso, en el libro del Éxodo Dios comienza auto presentándose ante el pueblo que ha rescatado como quien le ha liberado de la esclavitud y, a cambio, solo pide que se le responda con el mismo amor con que Él ha actuado, que se reflejará en las relaciones de fidelidad con Él y en las relaciones de fraternidad y respeto entre ellos mismos como pueblo.
- En esta misma línea de reciprocidad en el amor, el salmo 18 nos permite descubrir la profunda espiritualidad de la Ley como **expresión de la alegría del hombre al ser fiel a Dios**, “los mandatos del Señor son rectos y alegran el corazón”.
- La segunda lectura nos sumerge en el misterio de la lógica divina, que es contraria a la lógica de este mundo. Es la **comprensión de la Cruz de Cristo como fuente de fortaleza y sabiduría auténticas** que nos permiten dirigir adecuadamente los destinos de nuestra historia personal y comunitaria. En este camino cuaresmal que vamos desarrollando estamos llamados a descubrir, en nuestras debilidades, la fortaleza que Dios nos da con su cruz y su resurrección.
- En el evangelio encontramos que **la razón más profunda del actuar de Jesús es su condición de Hijo de Dios**, que también nosotros poseemos desde nuestro bautismo, somos hijos en el Hijo amado del Padre y, por tanto, a nosotros también esa misma conciencia de ser hijos de Dios nos debe mover a actuar en toda instancia de nuestra vida.
- Por otra parte, con la revelación de Jesús como el nuevo recinto, el nuevo templo en el que podemos encontrarnos con la presencia divina del Padre por su condición humana y divina, nos permite tomar conciencia de que **nuestros cuerpos frágiles y tendientes al pecado también son templo de la presencia de Dios**, del Espíritu que habita en nuestros corazones.





ARQUIDIOCESIS DE BOGOTÁ



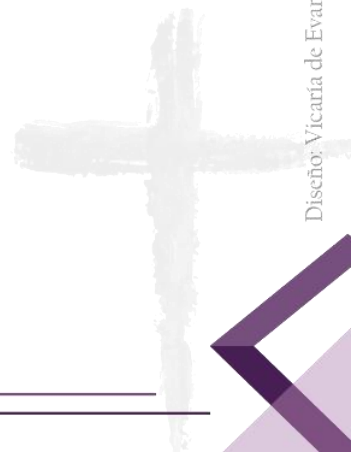
III. Subsidio litúrgico

Monición de entrada

Estos días de oración, ayuno y caridad permiten a los cristianos prepararse para la renovación del misterio de su bautismo, celebrando el sacramento pascual en la muerte y resurrección de Cristo. Iniciando la tercera semana de Cuaresma, el Señor nos impulsa a seguir escalando hasta llegar a la cima de la construcción del templo de nuestra fe. Celebremos con piedad y espíritu agradecido esta eucaristía.

Monición a las lecturas

El Señor conoce todo cuanto hay en nuestro corazón, cada una de nuestras necesidades. La misericordia de Dios no tiene medida y su ley es para traernos libertad y no esclavitud. Que escuchando su Palabra el Señor actualice en nuestra historia el misterio de su resurrección, así como profetizó su propia resurrección en el símbolo de la restauración del templo en tres días. Escuchemos.





Oración de fieles

Presidente

Elevemos al Padre celestial nuestras súplicas.

R/. Escúchanos, Señor.

1. Para que el papa Francisco y todos los pastores de la Iglesia sigan animando a las comunidades cristianas para alcanzar el amor y la unidad, procedentes de una escucha atenta y religiosa de la Palabra divina.
2. Para que los gobernantes se animen a promover sistemas políticos, económicos y sociales a imagen de la misericordia divina.
3. Para que, en nuestra Iglesia de Bogotá, nos anime la esperanza de sabernos hermanos que caminamos juntos como discípulos misioneros en la búsqueda de la voluntad de Dios y, así, pueda contagiar con la necesidad de una vida nueva en Cristo.
4. Para que los ejercicios de la oración, el ayuno y la caridad, en este tiempo de cuaresma, nos preparen a vivir plenamente la construcción de nuestras vidas en el espíritu de Cristo resucitado.
5. Para que todos los que sufren vean en nuestras comunidades cristianas una mano generosa que se extiende en su auxilio, como expresión del verdadero ayuno y sacrificio que nos pide el Señor.

Presidente

Padre de bondad, te damos gracias porque acoges estas súplicas y nos brindas tu perdón por mediación de tu Hijo muy amado, que vive y reina por los siglos de los siglos.

